

**NIELSON SÁNCHEZ-STEWART**  
 ABOGANDO

## MUTIS



**M**UTIS es, en su origen, un imperativo. Mutisi, márchese decían los directores de teatro italianos. Se ha transformado en un sustantivo y en un complemento del verbo hacer. Y se agrega lo de «por el foro» para darle más énfasis a la salida discreta. Marcharse es un arte. Desde abandonar una charla, una conferencia larga e insoportable o una cena que se prolonga demasiado o cualquier compromiso social, sin que se note mucho, hasta dejar un cargo o la posición que se ocupa cuando es lo conveniente. Por alguna razón que sinceramente se me escapa hay una tendencia generalizada a permanecer indefinidamente en los puestos. En la política, esta tendencia es paradigmática. Cuando alguien se va se produce un sentimiento de extrañeza. Yo añoro, como ya he dicho alguna vez, a Cincinato, aquel patricio que alternaba el consulado -suprema autoridad romana- con el arado de su tierra al cual retornaba cada vez que cumplía, magnífica y ejemplarmente, por cierto, sus deberes cívicos. Hoy los que nos rigen y nos pretenden dirigir se atomillan en el sitio y no piensan en volver a sus ocupaciones habituales porque, casi nunca, las tienen. Y salen -porque todo termina- escopetados y, a veces, entre tricrinos como, lamentablemente, varios de los últimos alcaldes de Marbella.

Pero, en honor a la verdad, hay

que reconocer que hemos asistido en los últimos años a unas despedidas inusitadas. Un Papa renunció y se fue a un convento y no pasó nada. Ya lo había hecho un señor obispo de Málaga. Ha habido un par de abdicaciones en Europa, una nos ha tocado muy cerca y no ha ido mal. Las pasadas semanas un capítoste que impedía cualquier solución razonable ha dejado paso a un colega más despeinado que él sin perder la semi sonrisa que le acompaña siempre aunque, como Mac Arthur, amenaza con volver. A ver si el ejemplo cunde y no sea necesario parafrasear a un presidente del gobierno -no lo era entonces- que animaba a quien sería su predecesor con un ¡váyase señor González!, la frase más elocuente y pegajosa por la que se lo recuerda. La fotografía es otra, sí. Yo lo parafraseo, a menudo: ¡váyase señorita Pérez!

Hay que actuar en el momento oportuno. Hasta para morir. Un dictador de un lejano, geográficamente hablando, país fue víctima de un atentado del cual salió ileso. Pues habría sido mejor para él y especialmente para su familia y sus partidarios que el desenlace hubiese sido otro. Se habría evitado el juicio, la extradición, el escándalo de las cuentas en el extranjero, el escupitajo del nieto de una sus víctimas. Pero no. Hay quienes no se bajan del carro y prefieren terminar en el búnker con plomo en la cabeza.

Un señor al que no ha votado nadie porque para llegar donde está consiguió que lo incluyeran en una lista cerrada, inevitable, se resiste a dejar su acta y prefiere sufrir la vergüenza de tener que girar la cara para no ver la mirada que le dirige su antiguo jefe de filas. ¡Qué actitud tan distinta de aquellos ministros del Interior que se comprometieron a marcharse y lo hicieron, uno porque le declararon inconstitucional el párrafo de un artículo de una ley que había auspiciado y que aún lleva su nombre y otro porque un alto funcionario, subordinado suyo, defraudó su confianza! Y la de mi amigo Antonio, que fue alcalde de una vecina y querida ciudad que, cuando fue investigado por un asunto del cual resultó absuelto con todos los pronunciamientos favorables, no vaciló ni un momento y se apartó dando ejemplo de civismo.

Ahora se nos ha ido mi presidente. El de la Abogacía. He conocido y admirado ya a tres, cuál mejor, cuál más honrado y más entregado. Este se va como Cincinato, a su arado que es su despacho. Libre y voluntariamente porque podría haberse quedado sufriendo en su cargo mientras hubiese querido. Y ha dicho a modo de explicación -cito textualmente-: «Mi época ha pasado. Ha sido una época magnífica repleta de afectos y de actividad interna, internacional, en la Fundación etc. al servicio de la Abogacía. Lo he dado todo. Ahora es el tiempo de otros». Me ha emocionado esta declaración pero no, Carlos, tu época no ha pasado, porque nunca pasará la de los hombres honestos, íntegros, devotos, inteligentes y bien intencionados. Sigue siendo tu tiempo aunque, claro, pueden venir otros.

Lo que sí es cierto y soy testigo desde la primera fila es que lo has dado todo.